

## LA ESPERA

*¡No salgan hasta que yo lo ordene!*. Murmura José a sus seis hijos escondidos bajo la cama. En medio de la penumbra se escuchan gritos fundidos por ráfagas de fuego portadoras de agonía y de muerte.

Hace más de diez años José escuchó en un programa radial la invitación a trabajar a una tierra virgen y próspera – Las Delicias - en la que había espacio para todo el que quisiera mejorar sus condiciones de vida, siendo el único requisito para ir querer trabajar la tierra. La invitación incluía los gastos de movilidad al lugar. Sin un trabajo estable y con dificultades para conseguir el sustento diario en medio del cemento y la indiferencia ajena José pensó que no tenía nada que perder; empacó algunas de sus pertenencias y con su esposa Rosa, sus dos hijos y Belisario su perro labrador llegaron al aeropuerto en el que los esperaba un avión de carga y seis familias más.

José se sintió orgulloso de darle la oportunidad a su familia de viajar en avión, no solo los niños se sentían ansiosos. El panorama era como un día de mercado, llevaban gallinas, cerdos, gatos, catres, colchones, cajas con comida, lonas de ropa y un loro que no hacía sino volar y mover el vientre ensuciando a su paso todo lo que encontraba. Belisario le ladró durante todo el viaje pero poco antes de llegar a la tierra próspera, se escuchó un chillido ensordecedor, el loro le sacó un ojo. Belisario dejó de ladrar.

Todos los días a la madrugada José salía a trabajar, Belisario le seguía a todas partes latiendo su cola larga. En aquella tierra fértil se dedicó a la siembra y crianza de animales razón por la que en su mesa nunca faltó la comida, Rosa se esmeraba en prepararle cada semana el cocido boyacense que tanto le gustaba. Diariamente compartían en familia el almuerzo y la cena, en donde José les comentaba cosas del trabajo, de los vecinos y de Belisario.

Le hacía feliz tener a sus seis hijos quienes le recibían con abrazos y besos cada vez que llegaba de trabajar, el hogar se convirtió en un refugio para el espíritu. Como ya era costumbre en las noches se reunía con sus amigos en

el zaguán de su rancho a tocar tiple y bándola cantando a una sola voz las melodías de antaño que le hacían recordar su infancia por las calles empedradas de Tasco, los niños eran quienes más disfrutaban de estos encuentros.

Pero las cosas cambiaron con la llegada de hombres armados; José no tomaba posición alguna para evitar problemas pero la zozobra comenzó a recavar en su vida y la de sus vecinos.

Se escucha como se acercan los combatientes, José teme lo peor para su familia y en medio de sus pensamientos se encomienda a Dios. Con la luz del alba divisa unas personas que entran en las casas vecinas y hacen salir a los hombres para luego obligarlos a arrodillarse en el suelo de la caseta comunal. Se dirigen hacia su casa. *¡Niños quédense ahí escondidos, no salgan hasta que mamá diga!* le dice a sus hijos a quienes ni se les siente respirar. *Mija en la caja de galletas hay una platica ya sabe que hacer con eso, a ustedes les sirvo más vivo que muerto. Ustedes son todo lo que tengo.* José se aleja por la parte trasera de la casa en medio de la penumbra mañanera. Belisario sale tras él.

Luego de una hora de marcha José encuentra un cuerpo agonizante, escucha unos lamentos y quejidos y una voz débil clamando auxilio. Al pasar Belisario huele el cuerpo, se pone nervioso. José avanza en su camino pero siente una opresión en el pecho que no lo deja continuar y por el contrario le hace retroceder a auxiliar al moribundo, no se había percatado que Belisario se quedó sentado junto al herido, un joven con traje camuflado quien no revela más de 20 años de edad. *Tranquilo, de esta nos salvamos.* Le dice José mientras lo levanta y comienza a llevarlo a cuestas. Cada cien metros aproximadamente descansa un poco, se siente cansado, y cree que ya son dos horas de caminata, en uno de estos descansos José duda si hizo lo correcto, piensa en Camila su hija de año y medio quien le dice Pa y se le abraza al cuello cada vez que llega de trabajar, de los seis es quien se parece más a él y quien le heredó los ojos azules. José oye pasos, trata de buscar un escondite pero el cansancio y el peso del herido le impiden avanzar rápidamente, es

demasiado tarde, Belisario ladra. José siente un gran alivio al ver que quien aparece está del lado de él. Belisario continúa ladrando.

Esa misma noche en las noticias radiales informan que el Ejército Nacional encontró el caserío Las Delicias en las selvas colombianas poblado por grupos al margen de la ley en donde tuvieron enfrentamientos dando de baja a más de 20 guerrilleros.

Hace más de un año Rosa, los niños y Belisario salen todas las noches al zaguán del rancho a esperar el regreso de José.